

SOSTENIDA, LA ILUSIÓN

Andrés Aizicovich

BODEGONES DEL SIGLO XXI Y CAVILACIONES DESCRONOMETRADAS EN LAS FOTOGRAFÍAS DE NICOLÁS MASTRACCHIO

Si imaginamos la Historia del arte como una cuerda tensada entre dos puntos (por ejemplo, entre las dos paredes enfrentadas desde donde escribo estas líneas, un humilde ambiente de dimensiones poco generosas) lo que denominamos *arte contemporáneo* ocuparía una distancia tan breve como la que separa las manos con las que tipeo raudamente hasta el teclado. Sin embargo, en su vocación expansionista, la contemporaneidad se las apaña para extender sus redes, *tentaculizando* sus preocupaciones hacia la Historia toda, sosteniendo su propagación en su no temporalidad; así, lo contemporáneo, se caracteriza por estar (y no estar) en un más allá de la Historia, amparado en una actualidad sin lugar, en fuga, el presente como lo que no sucede, entre lo que sucedió y lo que sucederá; lo actual es aquello que está sostenido en el tiempo, una suerte de ouroboros que se devora su propia cola, que se vuelve caduco al instante de ser pensado, dicho o escrito.

Desde este panorama tan volátil podemos entender que en el arte, todo pasado es contemporáneo, puesto que nuestra mirada actual destila todas las imágenes, escuelas y movimientos a través de los filtros de nuestro presente posthistórico; de esta manera, el pasado es, para un artista de hoy, una suerte de arcón ilimitado de recursos y posibilidades listas para ser, alegre e impunemente, remixadas, recortadas o tergiversadas.

Nicolás Mastracchio encuentra en la fotografía el medio que mejor problematiza las paradojas temporales de producir imágenes en el siglo XXI. ¿Cómo retacearle terreno a la vertiginosa velocidad de las comunicaciones y a las golosinas digitales del CGI? ¿Qué sentido tiene una imagen fija en un mundo donde la experiencia visual carbura a mil revoluciones por minuto?

Para Mastracchio la fotografía es el reverso de la escuela Cartier-Bressoniana del "*l'instant décisif*", es decir, el fotógrafo con ojo adiestrado y velocidad de bandolero del *wild west* para desenfundar y gatillar; sus fotografías comprenden al instante como aquello que se eterniza, así como el recuerdo persiste en la memoria a partir de flashes efímeros, de fogonazos tan perecederos como indelebles.

Mediante composiciones modeladas con la paciencia con la que se traza un jardín zen, sin sucumbir a las tentaciones de la postproducción digitalosa, las imágenes de Nicolás Mastracchio recargan las tintas sobre los géneros y temas largamente elaborados en la tradición de la pintura occidental barroca; el juego de espejos, la fruta mordisqueada a la manera de un *vanitas*, el *memento mori* que señala la transitoriedad y el paso implacable del tiempo. La pintura, la escultura, la fotografía, son formas de lo suspendido; una imitación de vida en estado paralizado (como la palabra en inglés que designa la naturaleza muerta, *still life*), un punto intermedio entre lo inerte y lo vivo, quizás uno de los anhelos más profundos de la humanidad: perpetuarnos en el tiempo, perdurar en el ahora aunque eso implique una suspensión total de lo que entendemos por vida.

Las cenizas de una espiral para ahuyentar mosquitos flotando etéreamente, un alambre colgando en una malla de red, una rejilla fantasmal dejando entrever la silueta de una botella, todo en un espacio indeterminado, una suerte de limbo, un estado apartado del tiempo. En su nueva muestra en el Centro Cultural Recoleta, Mastracchio se vale de una forma de ilusionismo sin trucos; la ambigüedad de sus imágenes serpentea entre el render y los ardides del lenguaje publicitario, a la vez que ostenta los artificios de sus trampantojos esquivando las tretas de photoshop. Aquí no hay artimañas de prestidigitador, sino evidencias de que lo que se nos presenta como movimiento es siempre el resultado de una ilusión, en tanto la velocidad de nuestros ojos es incapaz de aprehender la realidad y debe astillar lo visible para recomponerlo y generar la sensación de continuidad. En *Tornillo*, el video en loop proyectado en sala, esta idea se presenta de forma más ilustrativa; producido rudimentariamente mediante animación cuadro por cuadro, una banda elástica gira en fino equilibrio sobre la punta de un tornillo. El truco es, a las claras, evidente. No hay intenciones de ocultar los engranajes; aquello que llamamos movimiento no es más que el encadenamiento de fracciones estáticas. Esta idea nos da la clave para desbaratar las líneas evolutivas que pretenden encorsetar nuestro entendimiento sobre esa ficción que denominamos *Historia*.

En su pendular fuera de tiempo, la obra de Mastracchio opera sobre la contradicción clave del surrealismo: montajes pertenecientes una categoría de la experiencia que parece al mismo tiempo imprevista (*impré-vú*) y ya vista (*déjà vu*), como un manual de Historia del arte desbaratado, al que un adolescente le ha arrancado las páginas y luego se entretiene remendando las piezas en un orden aleatorio e irreverente. Si decíamos que la Historia era una cuerda tensada entre dos puntos, hoy sabemos que la misma fue tijereteada hace tiempo y ahora yace, enroscada y retorcida, en el suelo. La cuerda, que sugería un camino lineal, parece ahora dispuesta más para tropezar que para hacer equilibrio sobre ella.